

Los Herederos

Gustavo Corrales Romero

A los que no tienen nombre

San era un cabrón sátrapa. Viejo gordiflón, barrigón, almidonao y encorbatao. Encorbatao las 27 horas del día durante casi todo el año. Llueva, truene o relampaguee ahí va él, siempre encopetao. Deshidratándose a 36 grados Celsius con su mazo de llaves en la cintura que ni San Pedro. Ensopao de pies a cabeza, atesorando el jabucón de pan diario en una mano y en la otra el maletín de cuero. Parecía un personaje escapao de San Nicolás del Peladero. De hecho, cuando se me enguayaberaba era como el mismísimo Plutarco Turo desandando por Oriente, bien lejos del galillo de Remigia.

Una corbata era para mí un objeto remoto que veía sólo en fotos viejas, en el neceser donde las guardaba mi mamá: La boda de mis padres. Ahí estaban mis abuelos jóvenes, de traje y corbata. Mi papá, los amigos, todos elegantes. Muy arregladas las señoras, cuidadosamente peinadas en esas fotos tan bien compuestas. Pero entonces cuando todo el mundo andaba con una mano alante y la otra atrás, lucir una corbata era convertirse en un misterio.

San, cebao como un macho en época que hacía a los viejos ser indulgentes con las penurias del machadato, me ponía a pensar que en ese maletín siempre hinchado escondía cientos, miles de pesos. Así podía conseguir en la bolsa negra mucho más que arroz, chícharo y huevo —y mucho más pan del que le correspondía. Un día el figaro le anunció que llegaba a la carnicería la carne de segunda y respondió: “Yo no como esa mierda, Eduardo”. Le compraría la buena carne a Chenene por detrás, o a Paticruzao por bistec, en definitiva el carnicero iba rumbo a soltar el hígado por la boca. Ese era otro... buena pieza, siempre rojo como un tomate, dando tumbos, babeándose, hablando mierda, cagándose en la madre de y rezongando un enigma que nunca pude penetrar, que atormentó mi infancia por bastante tiempo. ¡Cacho'e cabrón!

San era de esos odiosos que no devuelven las pelotas. No era el único, pero la mayoría de los adultos no tenían problema con eso. Si la pelota, el balón o lo que fuera con que jugábamos iba a parar por accidente a su portal o a su patio, simplemente nos la devolvían y nos pedían tener más cuidado. Pero con Tolejode no había arreglo. Pelota en su patio, pelota perdida. Sanseacabó. Calabaza calabaza... a revolver agua con un palito. Muchas veces mientras jugábamos en la calle y él pasaba, teníamos que parar el juego porque amenazaba con represalias si la pelota lo golpeaba.